

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

RESTITUCION.—En cualquier estado es de necesidad la restitucion.

No hay consideraciones humanas que impidan la restitucion. Solamente una extrema necesidad puede dispensar la restitucion.

RESTITUCION.—La concupiscencia es la que nos pone en la imposibilidad de restituir.

La penitencia es la que nos pone en estado de restituir.

RESTITUCION.—Cuando el pecador rehusa restituir, es una señal de que no está convertido.

Cuando el pecador rehusa restituir, obliga á Jesucristo á rehusarle sus gracias.

RESTITUCION.—Cuando los ricos deben á los pobres, no deben diferir la restitucion.

Cuando los pobres deben á los ricos, su restitucion puede ser compensada.

Véanse los PASAGES DE LA SAGRADA ESCRITURA, etc. en el artículo: HURTO.

Véase: DEUDAS y HURTO.

RESURRECCION DE LOS CUERPOS.

I.

Qui suscitavit Jesum Christum à mortuis, vivificabit et mortalia corpora vestra.

El mismo que ha resucitado á Jesucristo de la muerte, dará vida tambien á vuestros cuerpos mortales.

[ROM. VIII, 41.]

Las sublimes palabras que acabo de citar, contienen un profundo secreto de la ciencia de Dios, un misterio incomprensible de la eco-

nomía de la redencion, que el hombre no ha podido conocer por sí mismo, y mucho ménos inventar, y que solo Dios ha podido revelar, así como solo Dios podrá cumplirlo. Con efecto, en estas palabras se ve claro que así como Jesucristo, aún cuando era Hijo de Dios, murió verdaderamente, porque habia tomado una carne semejante á la carne del hombre pecador; así tambien, nosotros y con mucha más razon, debemos morir tambien respecto al cuerpo, porque tenemos un cuerpo corrompido por el pecado, aún cuando respecto al alma háyamos sido vivificados por la gracia de Jesucristo. Se ve muy claro tambien en las mismas palabras de S. Pablo, que siendo nosotros participantes del espíritu de Dios Padre, seremos participantes del gran privilegio de la resurreccion de su divino Hijo; porque en virtud de este espíritu, el mismo Dios, que ha resucitado de la muerte á Jesucristo, nos resucitará tambien á nosotros; y así como habremos tenido de comun con Jesucristo la filiacion respecto al alma, asimismo tendremos de comun con él, respecto al cuerpo, las dotes de su cuerpo resucitado: *Qui suscitavit Jesum Christum à mortuis, vivificabit et mortalia corpora vestra, propter inhabitantem Spiritum ejus in vobis.*

¡Oh doctrina profunda é importante! ¡Oh verdad fausta y consoladora! La gloriosa resurreccion de Jesucristo no es un misterio exclusivamente suyo, sino que es tambien un misterio propio de los verdaderos cristianos. La resurreccion de Jesucristo es la razon, la prenda y el modelo de la nuestra. Esto es lo que me propongo demostraros en este dia. Vereis cómo y por qué la gloria de nuestra cabeza resucitada será comun á los miembros en el dia de la universal resurreccion. Consideraremos el importantísimo dogma de la resurreccion de los cuerpos en sus principios, en sus causas y en sus consecuencias, y descubriremos la relacion íntima que ella tiene con las principales verdades del cristianismo, á fin de que nos animemos á recibir y establecer en nosotros el verdadero espíritu de Jesucristo; porque solo por la posesion de este espíritu en la tierra podemos aspirar á la dicha de resucitar gloriosos con Jesucristo en los cielos: *Qui suscitavit Jesum Christum à mortuis, vivificabit mortalia corpora vestra, propter inhabitantem Spiritum ejus in vobis.* Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Singular y extraña fué en verdad la manera con que Eliseo volvió á la vida el hijo de la Sunamitis. Él habia enviado ya á Giezi, su siervo, con su propio báculo; pero inútilmente, porque aunque Giezi puso muchas veces el báculo del profeta sobre la cara del niño, éste no resucitó (IV Reg. v, 31.) Fué, pues, el mismo Eliseo en per-

sona, y subiendo al aposento donde yacía el difunto en su cama, echóse sobre él, pero encogiéndose de tal modo, que parecía que se había vuelto un niño; de suerte que así pudo aplicar sus ojos, su boca y sus manos exactamente sobre los ojos, la boca y las manos del difunto, y después le soplo siete veces en el rostro. Y ¡oh prodigio! el cadáver entró en calor, y cuando se puso en pie el profeta, hostezó siete veces el niño, y, finalmente, abriendo los ojos, volvió sano y salvo á la vida.

¿Es posible dejar de ver en este extraordinario prodigio la figura fiel, la profecía real de un prodigio todavía mayor? El niño difunto, dice S. Agustín, es Adán, muerto por el pecado: *Quid significavit mortuus puer, nisi Adam.* (SAN. XI, DE VERBIS APOST.) Eliseo, que va en persona y que sube al aposento, donde sobre un pobre lecho yacía el niño difunto, es Jesucristo, que debía venir al mundo y subir al lecho dolorosísimo de la cruz. Eliseo se encogió para resucitar al niño víctima de la muerte, y Jesucristo se humilló para elevar de su abyeccion al género humano, víctima del pecado. ¡Oh médico piadoso! el Dios de infinita majestad ha venido á nuestra pequeñez, el vivo ha venido en busca del difunto. Y ¿qué no ha hecho él en el exceso de su misericordia? Con sus ojos divinos ha tocado nuestros ojos nebulosos y apagados, porque ha encendido en la frente de nuestro hombre interior como dos clarísimas luces que lo adornan: el entendimiento y la fé. Ha colocado sus manos sobre nuestras manos, habiéndonos dado en su santísima vida los ejemplos de las buenas obras y la forma de la obediencia á la ley de Dios. Ha acercado su boca divina á nuestra boca, imprimiendo en nuestro frío cadáver un beso vivificador de paz; habiéndonos reconciliado con Dios cuando éramos pecadores muertos á la gracia y á la justicia. Además, al aplicar sus sagrados labios á los nuestros, como Eliseo hizo con el niño, aspiró muchas veces en ellos el soplo de la vida; pero de una vida mucho más noble y más santa que la que inspiró al primer hombre; porque con aquella primera inspiracion nos crió, infundiéndonos un alma viviente, y con ésta segunda nos ha reformado, comunicándonos el espíritu vivificante.

Y ¿puede dejarse de ver en Eliseo, que sopla sobre el niño difunto, la figura y la profecía del misterio con que Jesucristo resucitado soplo sobre los Apóstoles y les comunicó el Espíritu Santo? Con el calor divino de este Espíritu comenzó á encenderse en el amor de Dios el frío cadáver, la masa corrompida de la humanidad difunta. Finalmente, el niño hostezó siete veces ántes de abrir los ojos, y con esto figuró desde entónces la gracia septiforme del Espíritu Santo,

que á la venida de Jesucristo habian de recibir los hombres, y con la cual habian de respirar un aura divina y habian de resucitar á la inmortalidad y á la vida. ¡Oh grandeza! ¡Oh magnificencia! ¡Oh armonía de los misterios cristianos! El niño difunto, que no resucita sino despues que el profeta Eliseo se ha levantado de su encogimiento y humillacion, es el tipo profético y la figura fiel del hombre, que no resucita á su doble vida espiritual y corpórea sino despues que Jesucristo ha resucitado de su muerte. Pero ántes de levantarse Eliseo de sobre el cadáver del niño, le ha soplado siete veces, y le ha comunicado, por decirlo así, su alma y su vida; por consiguiente, el niño resucitado parece que no volvió á vivir sino por la vida y por el alma de Eliseo. Ved aquí, pues, en este suceso, manifiesto, como en un cuadro, el gran misterio que S. Pablo nos reveló ocho siglos despues con las palabras; es decir, que Jesucristo, al hacerse hombre, al humillarse y morir por el hombre, comunicó al hombre su espíritu y su vida, y por consiguiente tambien su santificacion, sus derechos y sus privilegios, con los que el hombre, volviendo á vivir en el alma con el espíritu y con la gracia de Jesucristo, adquiere el derecho de volver á vivir respecto al cuerpo, de resucitar un día á la inmortalidad y á la gloria de Jesucristo, pero siempre en virtud de la comunicacion de su espíritu y de su gracia. Mas procuremos comprender mejor la importancia, la profundidad y la extension de estas mismas palabras.

Es doctrina del apóstol S. Pablo, que así como todos estuvimos comprendidos en el primer hombre, y fuimos muertos en él y con él, de la misma manera hemos sido todos comprendidos en Jesucristo, y en él, y con él hemos sido vivificados: *Sicut in Adam omnes moriuntur, sic et in Christo omnes vivificabuntur.* (I Cor. xv.) Por esta razon es muy cierto, continúa el Apóstol, que en Jesucristo clavado en la cruz fué juntamente crucificado y muerto nuestro viejo hombre, Adán, con toda su descendencia, la humanidad pecadora: *Nos scimus quia vetus homo noster crucifixus es.* (Rom. vi.) El Verbo eterno al hacerse hombre no tomó, por decirlo así, un solo individuo humano, sino toda la humana especie, toda la humanidad, y por lo mismo pudo conducir á un término feliz la causa de todos los pecadores, porque reunia y representaba la naturaleza de todos los pecadores, sin la culpa. De donde se sigue, que todo en Jesucristo es nuestro; y así como es nuestra la humanidad pura, que, en union de la divinidad, dió á luz la Virgen santísima, así tambien es nuestra la humanidad santa que la impiedad de los judíos crucificó, y nuestro tambien es aquel cuerpo venerable que yació exánime en el sepulcro,

y que resucitó al tercero día. Luego, Jesucristo ha sido, si me es lícito expresarme así, un personaje público, un hombre universal; el único hombre, entre todos los hijos de los hombres, en quien han sido crucificados, han sido muertos y sepultados todos los hombres, y en quien todos ellos han resucitado.

Mas esta comunidad de vida, de condicion, de estado y de misterios entre los hijos de los hombrés y Jesucristo, debe entenderse en cuanto que Jesucristo representó en sí todos los hombres; por todos los hombres en general nació, murió y resucitó, y por lo mismo adquirió para todos los hombres en general el derecho de ser tambien hijos de Dios y de gozar de todas las prerogativas y de todos los derechos de esta filiacion divina. Pero, así como el pecado de Adan, su miseria y su castigo no se contraen sinó por medio de la generacion y del nacimiento carnal de Adan pecador, asimismo solo por medio de una nueva generacion y de un nuevo nacimiento espiritual de Jesucristo se heredan su santidad, su gracia, sus privilegios y su galardón. Y esta segunda generacion, este nacimiento espiritual, por el cual los hombres renacen á Dios por Jesucristo, se verifica por medio del bautismo. En las aguas del bautismo se despoja el hombre del antiguo Adan, del antiguo nacimiento de la voluntad del hombre y de la voluntad de la carne, del antiguo parentesco con una cabeza prevaricadora y corrompida, y renace como una criatura nueva; se reviste de Jesucristo; se encuentra unido á él, y se hace miembro del mismo santo cuerpo cuya cabeza es Jesucristo. Y así como no hay cosa tan sencilla, tan natural ni tan justa como que los hijos hereden las riquezas y la gloria del padre, y que los miembros participen de la condicion de la cabeza y se encuentren siempre unidos á ella; así tambien es muy claro que los que son bautizados entran á participar de todos los misterios de Jesucristo, son asociados á todos sus méritos y á todos sus privilegios, y todos sus estados y todos sus misterios se hacen comunes á ellos. Es á todas luces evidente, que conservando en nosotros este espíritu, esta gracia de Jesucristo, recibida en el bautismo, que nos incorpora á él y nos hace una misma cosa con él; así como Jesucristo resucitó corporalmente, así tambien debemos resucitar nosotros; y así como el eterno Padre resucitó de entre los muertos á su Hijo consustancial, Jesucristo, así tambien deberá un día resucitarnos á nosotros, sus hijos adoptivos, que con Jesucristo no formamos más que un solo cuerpo, un solo hijo, porque tenemos un mismo espíritu.

De esta suerte se entiende por qué S. Pablo llamó á la resurreccion de Jesucristo las *primicias*, el principio de la resurreccion de todos

los que mueren; y á Jesucristo, el *primogénito de los muertos que resucitan*; *Christus primicia dormientium* (I Cor. xv.) *Primogenitus ex mortuis* (Coloss. i.) ¡Bello y sublime concepto, lleno de verdad, de sentimiento y de verdadera filosofía! Jesucristo es llamado por S. Pablo *primogénito de los muertos*, porque ha sido el primero que por la resurreccion ha nacido á la luz de una nueva vida. Mas la resurreccion es un privilegio, no solo de su personalidad, sinó de toda su familia; una condicion comun á todos sus hermanos; y la diferencia entre él y nosotros será, que él ha precedido y nosotros le seguiremos, porque él es el *primogénito*, y nosotros los hermanos menores; pero por lo mismo resucitaremos nosotros despues de él; de otro modo no sería el *primogénito* en esta nueva manera de nacer, si él permaneciese solo, y no debiesen nacer otros despues de él de la misma manera que él.

Por la resurreccion de Jesucristo no solo se establece claramente el dogma de la resurreccion de los muertos, sinó que es una verdad que se sigue necesariamente del dogma de su Encarnacion; y está tan íntimamente ligado con los principales dogmas del cristianismo, que quitado él, se destruiria todo el cristianismo. Y la razon de esto es, que no se puede concebir que el Verbo eterno, el Hijo de Dios, y Dios en sí mismo, pudiera unirse á nuestra naturaleza, aceptara su debilidad, su caducidad y su muerte, y no le dejara un gérmen de su fuerza, de su inmortalidad y de su vida. No se puede concebir que él, que es la resurreccion y la vida, no quiera ó no pueda hacer que resucite la carne del hombre, que él, al tomarla, elevó, santificó y deificó en sí mismo; y que la dejara, como la carne del bruto, victima eterna de la corrupcion y de la muerte. Si los muertos no debiesen resucitar, nacerian naturalmente dudas acerca de si el Verbo eterno se hizo hombre con nuestra propia humanidad. La muerte, por otra parte, es una de las principales consecuencias del pecado de Adan. Luego, si la descendencia de Adan no hubiese de resucitar toda entera, se verificaria que la muerte, este inmenso daño, esta grande humillacion atraida por el primer Adan sobre toda la humanidad, no hubiera sido reparada por el segundo Adan; que Jesucristo no nos habria redimido sinó á medias: que habiéndolo hecho todo por nuestras almas, nada habria merecido para nuestros cuerpos; que Adan, perjudicándonos en el alma y en el cuerpo, fué mas poderoso para perder la naturaleza humana que Jesucristo para restaurarla; que la malicia del pecado fué más eficaz que la gracia del Redentor; y por consiguiente, que la gran obra de la redencion, la obra por excelencia de la sabiduria, del poder y del amor de Dios, fué una obra defec-

tuosa é imperfecta. Y cuenta que no solo sería imperfecta, sino ilusoria y vana. Porque, como arguye S. Pablo con su irresistible lógica, Jesucristo tenía nuestra misma humanidad; luego, si nuestra humanidad no resucita, la suya tampoco resucitó, puesto que si Jesucristo no ha de poder resucitarnos á nosotros, tampoco pudo resucitar él mismo: *Si mortui non resurgunt, neque Christus resurrexit* (I Cor. xv.) Negar, por consiguiente, la resurreccion de los muertos, es lo mismo que negar la divinidad de Jesucristo, es lo mismo que destruir todas las esperanzas del cristiano, es lo mismo que negar todo el cristianismo.

Ahora bien, ¿qué es lo que nos dice el dogma de la resurreccion universal? Nos dice, que así como experimentamos desde luego los efectos de la muerte del Redentor al vernos libres del pecado, así tambien experimentaremos en el último dia del mundo los efectos de su resurreccion al vernos librés de la muerte, cuando por su virtud resucitemos en él y con él. Nos dice que no hay cosa tan natural como que nosotros padezcamos tambien y muramos, supuesto que el mismo Jesucristo, nuestra cabeza y nuestro Señor, padeció y murió; pero, que así como Jesucristo, no solo murió en nuestro nombre, sino que tambien en nuestro nombre resucitó, como las primicias, la prueba y la prenda de la humanidad entera resucitada; así tambien la misma virtud de Dios, que resucitó el cuerpo de su Hijo consustancial, resucitará los cuerpos de sus hijos adoptivos. Nos dice, que así como Jesucristo murió porque en él la persona del Verbo de Dios está unida á la humanidad, así la humanidad entera resucitará porque en él está unida á Dios; y que así como él tomó nuestra muerte, así nosotros participaremos de su resurreccion y de su inmortalidad. Nos dice, finalmente, que como el efecto debe ser semejante á la causa, y la causa ejemplar de nuestra resurreccion será la resurreccion de Jesucristo, por esta razon, habiendo resucitado nosotros una vez en él y con él, no volveremos jamás á morir, supuesto que él resucitó para no morir jamás; y que, por consiguiente, despues del último dia no se volverá á hablar de la muerte; que la muerte no volverá á tener derecho alguno sobre la descendencia de Adán, y que entonces se cumplirá la gran profecía de Oseas, de que la muerte permanecerá siempre absorbida en la victoria del Redentor, y abolida y destruida para siempre: *Cum autem mortale hoc induerit immortalitatem, tunc fiet sermo; absorpta est mors in victoria*; (I Cor. xv. 54.) Admitido pues el dogma de la resurreccion de los muertos, se comprende muy bien como el Verbo eterno tomó verdaderamente la naturaleza humana, la unió íntimamente á sí, y le comunicó sus privi-

legios. Se comprende que él nos redimió en realidad, no solo del pecado, sino tambien de la muerte; que el nuevo Adán reparó todos los estragos causados por el antiguo; que destruyó el pecado hasta en sus últimas consecuencias; que su triunfo es completo; que su accion reparadora es universal, su redencion copiosa, entera y perfecta; y que él es verdadero hombre y verdadero Dios al mismo tiempo. Es decir, que el dogma de la resurreccion explica toda la economia de la religion, descubre su maravillosa armonia, establece, prueba y consolida todo el cristianismo.

Mas ¿cómo es posible que renazca el cuerpo humano todo entero de sus cenizas? Esto será posible del mismo modo con que el hombre pudo nacer de la nada. ¡Oh hombre! dice Tertuliano, tú tienes en tí mismo la prueba, tú mismo eres la prueba viviente de tu resurreccion futura. Para saber cómo se verificará ésta, basta con que, entrando dentro de tí, reflexiones y medites en lo que en tí mismo se ha obrado. Tantos años há, no existias. Pues bien, tú, que entonces eras, bajo todos aspectos, absolutamente nada y ahora existes, ¿qué dificultad podrás hallar en que una porcion de tí, tu cuerpo, aún despues que se haya disuelto, pueda volver á existir bajo su primitiva forma, por la misma voluntad omnipotente de tu mismo Autor, que sacó de la nada tu cuerpo y tu alma? Será para tí más fácil volver á ser lo que has sido, que existir la primera vez, cuando jamás habias existido. Y no pudiendo negar el primer milagro, del que eres una prueba, ¿qué dificultad tienes en admitir el segundo, que indudablemente es menor que el primero? Para negar este segundo milagro, despues de haber visto cumplirse el primero en tí mismo, deberias blasfemar que la omnipotencia divina se agotó al criarte de la nada, y que por lo mismo no podrá restaurarte ni aún en una parte sola; deberias decir, que no podrá reanimar tu cuerpo Aquel que ha criado de la nada y ha animado este vasto universo.

La verdad de la resurreccion, dice Tertuliano, está impresa, no solo en el hombre, sino en todo lo que vemos suceder en nuestro alrededor. Las continuas revoluciones de la naturaleza criada la prueban y la confiesan. El sol, que se pone y vuelve á apuntar; el dia, que muere y vuelve á su sér; los planetas, que se eclipsan y aparecen de nuevo; los árboles, que pierden sus hojas y vuelven á adquirir su antiguo verdor; las flores, que se marchitan y se reproducen; todo con la destruccion gana, con sufrir se mejora y con morir revive. Toda la creacion está sometida á la ley de caer para volverse á levantar; todo en ella, despues que ha desaparecido, vuelve á su primitivo estado; todo, cuando acaba, vuelve á comenzar de nuevo;

ninguna cosa perece sino para volver á nacer. Así Dios, ántes de escribir este gran dogma de la resurreccion en los Libros santos, lo hizo sensible en sus obras. Antes de revelarlo con su voz, lo manifestó con la fuerza de su poder. Nos instruyó en esta verdad por medio de la naturaleza ántes de anunciárnosla por medio de la profecía.

2. Hermanos míos, es cierto que todos resucitaremos de nuestras cenizas; mas no todos, dice S. Pablo, resucitaremos del mismo modo: *Omnes quidem resurgetemus; sed non omnes immutabimur* (I Cor. xv). Cada uno volverá á tomar su cuerpo con las condiciones que más convengan al alma. Y como el alma bienaventurada, admitida á la vision de Dios, se llena de la claridad y de la luz de Dios; así tambien, conformado el cuerpo á esta condicion del alma, y recibiendo lo que de ella redunda en él, aún el mismo cuerpo será luminoso, y de aquí procederá su *claridad*. Y esto es lo que ha querido dar á entender S. Pablo diciendo: «Se siembra en la corrupción y se resuscita en la gloria.» En segundo lugar, como el cuerpo, sujeto totalmente al alma, se moverá por los deseos del alma, y el alma bienaventurada tiene el cumplimiento instantáneo y perfecto de todos sus deseos, el cuerpo bienaventurado se moverá con la rapidez de los deseos del alma; y de aquí nacerá la *agilidad*. Y esto ha querido indicar S. Pablo al decir: «El cuerpo del nacimiento está en la enfermedad, el cuerpo de la resurreccion está en la virtud.» En tercer lugar, como el alma bienaventurada estará en toda la perfeccion de la gracia, unida á Dios y casi identificada en él, el cuerpo estará tambien perfectamente sujeto al alma y unido á ella en toda la perfeccion de la naturaleza. Y como el alma, al ser unida intimamente á Dios, participará en sumo grado, segun su capacidad, de la bondad y de las perfecciones de Dios, el cuerpo, en fuerza de su intima y perfecta union con el alma, participará de sus condiciones naturales, y no estará sujeto á las pasiones animales ni necesitará de comida ni de sustento, y de aquí nacerá la *sutilidad*, por la que, lo mismo que el espíritu, penetrará los cuerpos sin romperlos; y esto es lo que ha querido significar S. Pablo con estas palabras: «El cuerpo de la generacion es animal y el cuerpo de la resurreccion es espiritual.» Finalmente, en compañía del sumo Bien no se puede experimentar mal alguno. Y así como el alma bienaventurada, por su union con Dios, participará de todos los bienes de Dios sin mezcla alguna de mal; así el cuerpo, por su union perfecta con el alma, participará de todas sus perfecciones sin mezcla alguna de defecto. De esta manera el cuerpo, lo mismo que el alma, exento de la corrupción, de los defectos, de las molestias y de las deformidades, no

podrá sufrir ninguna pena ni dolor alguno; y de aquí nacerán la *imposibilidad* y la *inmortalidad*; esto fué lo que quiso decirnos S. Pablo con estas palabras: «El cuerpo de la generacion está sujeto á la corrupcion; el cuerpo de la resurreccion será incorruptible.»

¡Felices vosotras, almas verdaderamente cristianas, que sujetais vuestros cuerpos á las leyes de la inmaculada pureza y de la severa castidad; que refrenais sus apetitos, que conteneis sus deseos, y circundais el lirio de vuestra pureza con las espinas de la penitencia y de la mortificacion cristiana! Dejad que el mundo imbécil y nécio os llame nécias ó imbéciles porque os privais aún de las cosas lícitas para no incurrir en las ilícitas; que os privais aún de los goees inocentes para huir de las delicias de las pasiones y de los sentidos. Dejad que el mundo se burle de vosotras y os desprecie. No por eso dejará de ser verdad que un día, á presencia del universo entero, compareceis y seréis honradas como las verdaderas almas sábias y prudentes, las verdaderas almas grandes, sublimes y perfectas, cuando á vista de vuestros detractores infelices volvais á tomar vuestros cuerpos adornados de todas las cualidades de la gloria. ¡Oh cuánto será en aquel día vuestro gozo y vuestra gloria! S. Pedro de Alcántara al morir fué visto por Sta. Teresa de Jesús subir al cielo rodeado de resplandor, diciendo: «Benditos mis rigores, dichosa mi penitencia, que me ha proporcionado una gloria tan grande y una felicidad tan inmensa! *O felix penitentia, quæ tantam mihi meruit gloriam!*» De la misma manera bendecireis vosotros vuestras tribulaciones, vuestras penas, la austeridad de vuestro retiro, vuestra separacion del mundo y la práctica de vuestras mortificaciones, por las que volveréis á tomar vuestro cuerpo tan feliz, tan glorioso y tan bello, modelado por la gloria y la belleza del cuerpo de Jesucristo. Todo lo contrario sucederá á los réprobos. Léjos de hacerse sus cuerpos espirituales, sus mismas almas se volverán carnales; en vez de ser ágiles, serán graves, y pesados é insoportables al alma; en vez de ser luminosos, serán horriblemente opacos, tenebrosos y oscuros; en vez de ser impasibles, serán sometidos á toda clase de tormentos y de penas; en vez de ser gloriosos é inmortales, serán despreciables, diformes y sujetos á lo que en la Escritura se llama la *segunda muerte*. ¡Oh vosotros, los que tanto acariciáis vuestro cuerpo, lo rodeais de la más refinada mollicie, secundáis sus más torpes deseos, no le negais sus antiguos deleites sino para proporcionarle otros nuevos, lo habeis colocado en el lugar del alma y lo adorais como á una divinidad; ¡oh, cuán inconsiderados, cuán nécios y cuán dementes sois! ¡Cuánto será vuestro tormento, vuestra confusion y vuestro

dolor al veros rodeados de ese vuestro mismo cuerpo, no ya exhalingo perfumes ni haciendo ostentacion del lujo, sinó hediondo, deforme y horrible como un tizon del infierno!

Meditemos continuamente que este grande acontecimiento de la resurreccion universal sucederá infaliblemente. La fé lo enseña, la conciencia universal lo atestigua y la misma razon lo prueba; y que una de estas dos condiciones infaliblemente nos ha de tocar: ó resucitar gloriosos con los santos, ó resucitar humillados con los réprobos. Unámonos, pues, á Jesucristo por medio de una fé viva, de una firme esperanza y de una ferviente y generosa caridad. De este modo el eterno Padre reproducirá en nosotros los caracteres y los privilegios de la resurreccion de su Hijo; nuestro cuerpo será resplandeciente y feliz con el mismo resplandor y con la misma felicidad del suyo; y así como habremos poseído su espíritu é imitado su vida en el tiempo, así tambien participaremos de su gloria en la eternidad. Así sea.

RESURRECCION DE LOS CUERPOS.

II.

Ego sum resurrexto, et vita; qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet.

Yo soy la resurreccion, y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá.

(JOANN. XI, 25.)

Negada la inmortalidad del alma racional, no hay que extrañar, católicos, que por una consecuencia forzosa se negase tambien la resurreccion de nuestros cuerpos. Ya en los dias de la vida mortal de Jesucristo Señor nuestro, apareció entre los judios una secta llamada de los saduceos, que atacaron el dogma de la vida futura y de la resurreccion de la carne. Sabido es cuántas veces se opusieron al mismo Jesucristo, haciéndole cuantas objeciones les sugeria su incredulidad. contra este dogma fundamental de nuestra Religión, y no es ménos notorio como el Salvador respondió á ellas con un laconismo propio

de su infinita sabiduria, diciendo ser Dios el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y que este Dios no lo era de los muertos sinó de los vivos (MATTH. c. xxi. 52).

Pero nada es tan digno de atencion en este punto como las palabras del presente Evangelio, en que se nos refiere que, *estando enfermo un hombre llamado Lázaro, vecino de Betania, sus hermanas Marta y María enviaron á decir al Salvador: Señor, mira que aquel á quien amas esta enfermo. A lo que Jesús contestó: esta enfermedad no es mortal, sinó que está ordenada para gloria de Dios. Pero habiendo ido al cabo de cuatro dias, halló que Lázaro habia muerto y ya exhalaba fetidez en el sepulcro. Entonces fué cuando el Salvador, compadecido del llanto de las dos hermanas, dijo á Marta: Yo soy la resurreccion y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá.*

Este dogma, tan solemnemente establecido por la palabra infalible de Jesucristo, no estuvo á cubierto de los sofismas de los primeros filósofos; y en estos últimos tiempos la filosofia moderna, tan degradante como impia, ha formado un empeño especial en desenterrar todos los desmanes de la vieja, añadiendo á los errores con que aquélla pretendió atacar en su cuna la Religión del Crucificado, otros aún más groseros y de mayor trascendencia, con que en vano intenta desquiciar los fundamentos de esta hija del cielo.

Ni hay por qué maravillarse; pues estando este dogma tan intimamente ligado con el dogma de la inmortalidad del alma, es casi imposible combatir uno sin combatir tambien el otro. Por eso no hay artículo de la Fé católica que haya sido combatido con más encarnizamiento que el dogma de la resurreccion de los muertos. Esto pues, católicos; la suma necesidad de afanzarse cada vez más en la fé de esta verdad consoladora, puesto que, segun S. Pablo, ella es el fundamento de todas nuestras esperanzas para lo porvenir; y el conocimiento, por otra parte, de los funestos efectos que producen cada dia en unos la ignorancia de estas verdades esenciales, y en otros, el germen disolutivo que la impiedad no deja de sembrar en todas las clases de la sociedad; me impelen á probaros la congruencia, la necesidad, la veracidad de la resurreccion de nuestros cuerpos, de donde resultará la inmortalidad de todo el hombre. A. M.

1. Decir que Dios ha hablado en las santas Escrituras y que ha revelado el dogma de la resurreccion de los cuerpos, es un lenguaje que solo conviene al hombre de la Fé. Para esto no es necesario más

que abrir los Libros santos, y hacerle leer lo que en ellos se halla consignado con caracteres indelebles. «Yo sé bien,» dice Job en el capítulo XIX, «que mi Redentor vive, y que en el último día he de resucitar del seno de la tierra; que seré de nuevo revestido de mis despojos mortales, y que veré á mi Dios en mi propia carne...: esta esperanza está grabada en mi corazón.» Daniel dice en el capítulo XII, que «aquellos que duermen en el polvo, resucitarán los unos en pos de los otros, estoſ para la vida eterna, y aquellos para un oprobio que no tendrá término.» Varios son en fin y claros los pasajes de ambos Testamentos, en que se halla probado este dogma de nuestra Religión. Mas dije ya, y repito, que este idioma solo lo comprende el hombre que, ilustrado con las luces de la Fé, sabe apreciar el mérito de la divina autoridad marcada en las santas Escrituras. No así el hombre que habiendo lanzado voluntariamente de su corazón esta luz divina, hace profesion de no creer sinó aquello que puede llegar á percibir con el raciocinio. Ya que pide razones nuestro siglo, alegaremos razones, y con ellas solas quedará suficientemente demostrado nuestro aserto.

Y desde luego, siendo el alma inmortal, si el cuerpo que es mortal, no debiese resucitar algun día, resultaría que este conjunto admirable de dos sustancias tan diferentes, unidas por medio de un nudo secreto é incomprendible, esa obra maestra de la sabiduría y del poder de Dios, sería destruida para siempre por la muerte. Ahora bien; este conjunto de las dos sustancias espiritual y material es lo que propiamente se llama el hombre. Si pues las dos porciones que forman el sér humano, no debiesen unirse jamás; si una de ellas debiese perecer para siempre, la obra más admirable del Criador quedaria mutilada eternamente, como si no estuviere en su poder el conservarla ó restablecerla toda entera.

¿Y qué! este cuerpo es por sí mismo tan vil, que las manos omnipotentes que lo formaron, se desdenn de retirarlo del polvo? No hay duda que es muy inferior por su naturaleza al alma espiritual que le comunica la vida; pero entre las obras materiales de Dios ¿hay una sola que lo iguale? Comparad, católicos, y juzgad. El sol nos ofusca con su brillo, y sin embargo ¿brilla él como el ojo del hombre, como su ingenio, como la luz de su inteligencia? La serenidad del más bello día ¿es comparable con la risa que embellece el semblante del hombre, y con esa expresion de dulce alegría, de paz, de noble modestia, que anima alguna vez sus facciones? ¿Hay un cielo tan despejado en que, como en la frente del justo, puedan leerse el candor y la inocencia? Las aves nos encantan con la melodia de sus armoniosos

gorjeos; mas ¿qué son todos sus conciertos comparados con la palabra del hombre, y sus sonidos admirables que expresan y comunican las sensaciones y el pensamiento, y que hiriendo el oido ilustran los espíritus, mueven profundamente los corazones, acercan los objetos más lejanos, pintan los invisibles, y hacen de uno de los más pequeños órganos corpóreos el instrumento admirable de un comercio espiritual con las almas? ¿Y esos ojos elevados hácia el cielo? y esa aptitud de imperio? y esa dignidad que anuncia en el hombre al rey de la naturaleza? ¡Oh! ¿cuál debió ser, católicos, este cuerpo en el estado de la inocencia original, cuando por la primera vez salió de las manos de su Criador, radiante de gloria y majestad, llevando sobre su frente el sello vivo de su divinidad; pues que aún ahora, en el estado de degradacion á que lo redujo el pecado, todavia sobrepuja en belleza cuanto el mundo ofrece de más perfecto, siendo el centro de todas las cosas, el único ser material digno de las miradas y del amor de su Criador, y el solo por quien todas las cosas existen? Porque no son nuestras almas, sinó nuestros cuerpos los que tienen necesidad de esta tierra que los alimenta, de la luz de los cielos que los alumbraba, y del aire que facilita la respiracion y mantiene los espíritus vitales.

¿Y osaríamos suponer que el más bello y cumplido entre los objetos sensibles y corpóreos, aquel á quien dicen relacion todos los demás, haya de ser de menor duracion que todos ellos? Los astros giran hace seis mil años sobre nuestras cabezas, sin haber perdido nada de su resplandor; la tierra, despues de tantos siglos, no titubea sobre sus bases y conserva toda su fecundidad; los rios no han visto agolarse sus manantiales; los cedros y los antiguos pinos coronan todavia las mismas montañas en donde los vieron nuestros abuelos; y sólo el cuerpo del hombre habia de ser semejante á la yerba de los campos, que por la mañana está verde y por la tarde se marchita? ¿Y este momento de resplandor y de vida se habia de cambiar para siempre en corrupcion y gusanos? ¿Cosa extraña! el hombre, en esta suposicion, no solamente duraria ménos que otras tantas obras de Dios que solo han sido criadas para su servicio, sinó tambien (lo que no puede concebirse) duraria mucho ménos que las obras de sus propias manos. Mientras que esos soberbios monumentos, esos palacios, esos santuarios que él ha construido; esos mármoles, esos bronces que él ha sabido en cierto modo animar, imprimiéndoles los rasgos de su propia semejanza, resisten á la accion consumidora de los siglos y llaman la atencion de las generaciones más remotas; solo el hombre, destruido casi al tiempo mismo que formado, ¡permanecería envuelto entre el polvo para

no levantarse jamás! ¡Solo él habrá construido imágenes de sí mismo, menos perecederas que el modelo hecho por la mano del Todopoderoso y marcado con el sello de su divina semejanza!

Aún más; ese cuerpo que eleva santuarios á la Divinidad, le consagra altares y los adorna con magnificencia, ¿no es en sí mismo el más digno templo que ocupa la Divinidad sobre la tierra? ¿no prefiere el Señor á cualquier otro templo material un cuerpo casto, que es el domicilio de una alma virtuosa y santa? ¿Qué son á sus ojos los edificios de piedra, de oro ó de pórfido, comparados con ese templo vivo, que ofrece por sí mismo el incienso, adora á su Dios y le dirige sus oraciones? Vedle cómo se encorva y se prosterna en su presencia, anonadándose ante la Majestad divina; ved esa boca que se pega con el pavimento sagrado, y lo besa con un religioso respeto; esos ojos que se fijan en el tabernáculo y se mojan con piadosas lágrimas; ese corazón que palpita de amor hácia su Dios; esas manos que se elevan al cielo; esa lengua que canta las alabanzas del Eterno, convidando á todas las criaturas á celebrar las grandezas de su Criador; ved... Pero no basta que este cuerpo de barro tribute á su Dios el culto que le es debido; es necesario que él mismo sea el instrumento, el ministro y como el representante de su benéfica providencia sobre la tierra. ¿Hay algún género de buenas obras, á que no concurren todos sus miembros? ¿No son sus entrañas las que se commueven, al oír referir los infortunios de sus semejantes? ¿No son sus brazos los que se extienden para ayudar al enfermo ó para enjugar las lágrimas del afligido? ¿No son sus manos las que trabajan para vestir al desnudo, y amasan el pan para el hambriento? ¿No es su boca la que pronuncia palabras tiernas y consoladoras, y derrama un bálsamo saludable y el más dulce que la caridad puede aplicar á las heridas del corazón? ¿Dónde está, en suma, el bien que una alma sensible y generosa pueda prodigar á su prójimo, sin que el cuerpo contribuya con ella? ¿Cuántas veces se consume y agota su salud y sus fuerzas en el servicio de Dios y de sus prójimos? Y en recompensa de todo esto; habría Dios de condenarlo á una eterna destrucción? ¿Rompería sin piedad la íntima alianza de un alma y de un cuerpo, unidos tan santamente para hacer en comun los oficios de piedad y misericordia? No, Dios mio, esto no es compatible con vuestra bondad infinita, con vuestra eterna justicia.

Verdad es que el pecado, infestando el origen del género humano, y derramando su zozobra hasta el fondo de nuestras entrañas, ha irritado á Dios contra una carne que él había criado en la inocencia, y á la cual redujo la culpa á la más horrorosa corrupcion. El Eterno

no pudo ver su obra deshonrada, y la despedazó. No obstante ¡oh designio digno de su bondad! si la des hizo, no fué para aniquilar lo que su sabiduría había formado, sino para rehacer, según un modelo más perfecto, lo que el venenoso hábito de la serpiente había desfigurado.

¡Qué misterios tan admirables ofrece la Religión á mi fe! ¡Un Dios revistiéndose de la carne del hombre, para purificarla; un Dios que sufre la muerte, para derrocar su imperio; que sale victorioso del sepulcro, para asegurarnos la victoria; que hace de su cuerpo glorioso y resucitado un principio y como un germen de resurreccion para los nuestros, nutriéndolos con la sagrada Eucaristia, á fin de unirlos á sí de una manera inefable; que los llena del espíritu de vida por la abundante efusion del Espíritu Santo en la participacion de todos los sacramentos de la nueva ley; y que, en fin, en el momento mismo en que estos cuerpos van á tornar al polvo, los marca con una union extrema, como con el sello de la inmortalidad! De ahí, esa paz profunda con que el cristiano desciende al sepulcro; de ahí, el respeto con que miramos sus mortales despojos; de ahí, esas proces y ceremonias sagradas, que hacen tan afectuosos y tiernos sus funerales y les dan un carácter tan augusto; de ahí, esas bendiciones que consagran la tierra destinada á recibir nuestros yertos cadáveres; de ahí, en fin, esa sublime inscripcion grabada sobre la losa fria que los cubre: *Aquí yace un cristiano que durmió en el Señor, y espera la resurreccion en el último dia.* De este modo triunfa Dios del infierno y restablece enteramente su obra, que el tentador se había lijado en vano de destruir. El hombre, formado á la imagen de su Criador, no sucumbe á la muerte, sino para renacer, por medio de un prodigio tan admirable como la creacion misma, á una vida aún más gloriosa que la primera; y (si es lícito comparar una cosa tan grande con una que, si bien parece pequeña, no deja de ser maravillosa) á la manera que el insecto que arrastra sobre el cieno de la tierra, despues de encerrarse en una especie de tumba, donde permanece algun tiempo sepultado, inmóvil y como inanimado, vuelve á salir de allí revestido de una nueva fuerza y desplegando sus alas brillantes, hiende los aires y no reposa sino sobre las flores; del mismo modo el cuerpo humano, pesado en el principio, carnal, corruptible, sujeto á mil necesidades á cual más humillantes, y semejanse en un todo al del primer Adán terrestre y pecador, despues que deposita en el sepulcro todo cuanto tenia de grosero y mortal, volverá á salir reengendrado, espiritual, impasible, más hermoso y resplandeciente que los astros del firmamento, y por hablar el idioma del Apóstol, trasformado en la semejanza del segundo Adán celestial y divino, y par-

ticipando del privilegio de su inmortalidad: *reformabit corpus humilitatis nostrae configuratum corpori claritatis suae* (PHILIP. III, 21.)

Hé aquí, católicos, un plan digno de Dios, demasiado grande, demasiado magnífico, para poder ser concebido sinó por él mismo. Todo en él supone una sabiduría, un poder, una bondad infinita; todo en él anuncia al Sér eterno, origen único del sér vivo é inmutable, porque todo en él es vida, eternidad, inmutabilidad; fuera de Dios no hay sinó concepciones de una inteligencia débil, limitada, salida de la nada y envuelta en densas tinieblas, porque en ella todo se termina en la nada, en la muerte, en una noche eterna.

2. Vengan ahora los insensatos y los impíos, y á estos pensamientos tan sublimes y divinos, á la imponente autoridad de las Escrituras, al hecho incontestable de la resurreccion de Jesucristo y á las consecuencias decisivas que de él saca S. Pablo, opongan... Mas qué? ¡méngua por cierto es decirlo! opongan la pretendida imposibilidad de que un Dios omnipotente haga revivir lo que está muerto. Ah! pues ¿no es él quien da la vida á lo que era nada? ¿No será posible volver á encontrar en el vasto seno de la naturaleza, como se expresan los modernos filósofos, los elementos dispersos de nuestros cuerpos, á aquel que supo hallarlos en los profundos abismos de la nada? Reproduzcan pues en hora buena esas aéreas dificultades que ruborizaron á los mismos gentiles, y que éstos abandonaron como de ningún peso. Nosotros las despreciaremos, contentándonos con responderles, que una sola cosa es imposible á Dios, y esto es únicamente lo que envuelve contradiccion. Dios no puede lo que no quiere; Dios no puede faltar á sus promesas; Dios no puede engañarse ni engañar al hombre; hé ahí lo que es imposible al Omnipotente: por lo demás, suponer cualquier obstáculo insuperable á un poder sin límites, es lanzarse en el ridiculo, es no raciocinar, es contradecirse en los términos. Sean pues nuestros filósofos sin filosofía, porque no tienen lógica; sepan que para tener derecho á negar la resurreccion de nuestros cuerpos, porque es incomprendible, sería necesario poder citar una sola obra de Dios que ellos comprendan. Y si no, díganme: ¿comprenden por ventura su propia existencia? ¿No es ésta un misterio tan impenetrable á sus menguadas inteligencias, como los demás de nuestra Religion augusta? Y cuando llenos de la mayor sorpresa, vemos todos los dias esa multitud de hombres sábios que han robado, por decirlo así, á la naturaleza una parte de sus secretos, descomponer á nuestra vista las sustancias materiales, formar de sus elementos combinados con arte nuevas sustancias,

descomponer éstas segunda vez, y con los mismos elementos reformar las primeras; cuando esto presenciarnos, ¿no sería cosa extraña suponer que el Autor de la naturaleza no pudiese, despues de haber disuelto nuestros cuerpos y de las diferentes mutaciones que éstos hayan sufrido, volver á juntar sus elementos dispersos para reconstruir el edificio de nuestros miembros, y de este modo restablecer su primitiva obra?

Si, católicos, fácil y muy fácil será á la palabra creadora y omnipotente el obrar esta maravilla. ¡Con qué prontitud al eco de la trompeta, esto es, á la voz del Hijo de Dios, el aire, las aguas, la tierra y los abismos restituirán los restos de nuestros cuerpos devorados, evaporados, consumidos de mil maneras! Nuestras cenizas diseminadas se juntarán en un abrir y cerrar de ojos, segun la frase de la Escritura: *in ictu oculi* (I. Cor. c. xv, 52), y volverán á tomar su propia forma. Todos los muertos saldrán vivos de sus sepulcros, y comparecerán en presencia del Árbitro supremo de su suerte, para recibir la recompensa justa de su obra: *et dedit mare mortuos, et mors et infernus dederunt mortuos suos... et judicatum est de singulis* (APOC. c. xx, 13).

Hé ahí, católicos, el fin de todas las cosas, ó más bien el principio de un órden de cosas que no tendrá fin. Ved ahí vuestro destino, hombres! Vuestra alma, esa porcion excelente de vuestro sér, que os hace semejantes á Dios y á los ángeles, no deja de vivir, aún cuando escapando de su prision, remonta su vuelo hácia la region de los vivos. Tampoco el cuerpo permanece siempre en la oscuridad del sepulcro, adonde se mira condenado á descender. Si se consume, es únicamente para dejar lo que tenia de corruptible y tomar una forma inmortal, no de otro modo que el oro entra en el crisol, para salir de allí más puro y resplandeciente.

¿Y es posible, ¡oh hijos de los hombres! que hayais podido olvidar lo que sois y lo que debéis ser un dia? ¿Cómo es que vuestros corazones se han hecho tan pesados y se han pegado á esta tierra, que no es vuestra pátria? Formados para gozar de unos bienes tan grandes, reales y positivos; llamados á la posesion, no de apariencias y vanas sombras, sinó de la sustancia misma de la perfecta felicidad y de la verdadera gloria; ¿cómo habeis tan presto degenerado de vuestro origen y renunciado á vuestros derechos, corriendo en pos de fantasmas, que desaparecen en el momento mismo en que las juzgais realidades? *Fili hominum, usque quo gravi corde? ut quid diligitis vanitatem et quaritis mendacium?* (PSALM. IV, 5). ¿De qué os sirve, ¡oh avaros! ese tesoro de cieno que congregais á precio de

tantas solicitudes y de sacrificios tan amargos? ¿Qué hay de común entre ese vil metal, que la muerte va á arrebatáros, y ese espíritu inmortal que existe en vosotros? Y tú, soberbio esclavo del orgullo, ¿por qué caminas en pos de esa humareda de gloria, de que tan ávido te manifiestas? ¿Te ha procurado jamás un solo instante de alegría pura y verdadera, que pueda indemnizarte del eterno baldón que te prepara para la eternidad? Y tú, sobre todo ¡oh voluptuosos! ¿qué es lo que buscas en ese fango de infames placeres? ¿No ves que ellos no dejan en el alma más que punzantes remordimientos, signos precursores de tormentos inmensurables y de desesperación sin fin? Dejad, dejad, oh ciegos, esas criminales quimeras, y volved vuestros pensamientos hácia los bienes sólidos que serán la recompensa inmortal de los justos.

Acaso me preguntareis, hombres de poca fé, ¿cuál es la prenda que pueda yo daros de la seguridad de los altos destinos que se os prometen para el porvenir? *Multi dicunt quis ostendit nobis bona?* (PSALM. IV, 6). ¿Y qué otra es menester, Señor, que la nobleza de nuestro sér, la dignidad de nuestra naturaleza, ese sello de vuestra grandeza que vos mismo nos habeis impreso, y que tan gloriosamente nos distingue de cuanto nos rodea? *Signatum est super nos lumen cultus tui, Domine* (ISAI. VII). Y ¿cómo pudiéramos dudar que existe en nosotros algo de inmortal y divino, cuando nos vemos superiores á todo lo que no es Dios, ó no lleva el carácter de la semejanza de Dios; cuando experimentamos dentro de nosotros un no sé qué de insaciable y de inmenso, que objeto alguno en la naturaleza no es capaz de satisfacer; para quien es nada todo lo que debe finalizar, para quien son estrechos todos los límites del mundo visible; que solo puede hallar reposo en el seno de lo infinito, ni le es posible gustar contentamiento y felicidad fuera del Sér eterno é inmutable? *Destisti letitiam in corde meo* (IBID.). Alégrese en buena hora los mundanos de la fecundidad de sus tierras; recojan con gozo sus abundantes mieses y los frutos ópimos de la vid y de la oliva: *A fructu frumenti, vini et olei sui multiplicati sunt* (IBID. VIII). Por mi ¡oh gran Dios! ora me concedais, ora rehuseis darme esos dones de la fortuna y los gozes pasajeros del mundo, siempre viviré en paz, contento y feliz con vuestro solo amor: *In pace in idipsum dormiam et requiescam* (IBID. IX). La esperanza que me habeis dado de una gloriosa inmortalidad en vuestro reino, basta para colmar todos mis deseos: *Quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me* (IBID. X); ¡Plegue al Altísimo que esta preciosa esperanza se realice en todos nosotros, y que todos reunidos en el seno de

nuestro Dios, disfrutemos de su divina esencia por toda la eternidad!

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Scio quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum. (JOB. XIX, 25.)

Et rursum circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum, quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspicienti sunt, et non alius: spem meam est hæc spes mea in sinu meo. (IBID. XIX, 26 et 27.)

Nec dabis sanctum tuum videre corruptionem. (PS. XV, 10.)

Vivent mortui tui, interfecti mei resurgent: expurgiscimini, et laudate qui habitatis in pulvere. (ISAI. XXVI, 19.)

Ossa arida, audite verbum Domini... Ecce ego intromittam in vos spiritum, et vivetis. (EZECH. XXXVII, 4 et 5.)

Eccce ego aperiam tumulos vestros, et educam vos de sepulchris vestris. (IBID. IBID, 12.)

Multi de his qui dormiunt in terra pulvere, vegilabunt: alii in vitam æternam, et alii in opprobrium ut videant semper. (DAN. XII, 2.)

Respondens autem Jesus, ait

Yo sé que vive mi Redentor, y que yo he de resucitar del polvo de la tierra en el último día.

Y de nuevo he de ser revestido de esta piel mía, y en esta mi carne veré á mi Dios: á quien he de ver yo mismo en persona y no por medio de otro, y á quien contemplarán los mismos ojos míos: esta es la esperanza que en mi pecho tengo depositada.

No permitirás que tu santo experimente la corrupción.

Tus muertos, Señor, tendrán nueva vida; resucitarán los muertos míos por la justicia: despertados y cantad himnos de alabanza, vosotros que habitáis en el polvo del sepulcro.

Huesos áridos, oid las palabras del Señor... He aquí que yo infundiré en vosotros el espíritu, y vivireis.

Mirad, yo abriré vuestras sepulturas, y os sacaré fuera de ellas.

La muchedumbre de aquellos que duermen ó descansan en el polvo de la tierra, despertará: unos para la vida eterna, y otros para la ignominia. La cual tendrán siempre delante de sí.

Mas Jesus les respondió: muy

illis: erratis, nescientes Scripturas, neque virtutem Dei. In resurrectione enim, neque nubent, neque nubentur: sed erunt sicut angeli Dei in celo. (MATTH. XXII, 29, 50.)

De resurrectione autem mortuorum non legistis quod dictum est á Deo dicente vobis: Ego sum Deus Abraham, et Deus Isaac, et Deus Jacob? Non est Deus mortuorum, sed viventium. (MATTH. XXII, 51.)

Procedent qui bona fecerunt, in resurrectionem vite: qui verbó mala egerunt, in resurrectionem iudicii. (JOANN. V, 29.)

Hæc est voluntas ejus, qui misit me, Patris: ut omne, quod dedit mihi, non perdam ex eo, sed resuscitem illud in novissimo die. (IDEM. VI, 59.)

Resurget frater tuus... Scio quia resurgit in resurrectione in novissimo die. (IDEM. XI, 25, 24.)

Qui suscitavit Jesum Christum á mortuis, vivificabit et mortalia corpora vestra. (ROM. VIII, 11.)

Si Christus predicatur quod resurrexit á mortuis, quomodo quidam dicunt in vobis, quoniam resurrectio mortuorum non est? (I COR. XV, 12.)

Seminatur in corruptione, surgit in incorruptione; seminatur in ignobilitate, surgit in gloria; seminatur in infirmitate,

errados andáis por no entender las Escrituras, ni el poder de Dios: porque despues de la resurreccion ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres tomarán maridos; sinó que serán como los ángeles de Dios en el cielo.

Mas tocante á la resurreccion de los muertos ¿no habeis leído las palabras que Dios os tiene dichas: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Ahora pues, Dios no es Dios de muertos, sinó de vivos.

Saldrán los que hicieron buenas obras, á resucitar para la vida eterna; pero los que las hicieron malas, resucitarán para ser condenados.

La voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es que yo no pierda ninguno de los que me ha dado, sinó que los resucite á todos en el último dia.

Tu hermano resucitará... Bien sé que resucitará en la resurreccion universal, que será en el último dia.

Aquel Dios, que ha resucitado á Jesucristo de la muerte, dará vida tambien á vuestros cuerpos mortales.

Si se predica á Cristo como resucitado de entre los muertos, ¿cómo es que algunos de vosotros andan diciendo que no hay resurreccion de muertos?

El cuerpo, á manera de una semilla, es puesto en la tierra en estado de corrupcion, y resucitará incorruptible; es puesto en la tier-

te, surgit in virtute: seminatur corpus animale, surgit corpus spiritale. (IDEM. IBID. 42, 43, 44.)

Omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur... oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem: et mortale hoc induere immortalitatem. (IDEM. IBID. 51, 55.)

ra todo disforme, y resucitará glorioso: es puesto en tierra privado de movimiento, y resucitará lleno de vigor: es puesto en tierra como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo espiritual.

Todos á la verdad resucitaremos, más no todos seremos mudados en hombres celestiales... porque es necesario que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad; y que este cuerpo mortal sea revestido de la inmortalidad.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Siendo tan clara y terminante la doctrina que nos dieron Jesucristo y los Apóstoles acerca de la resurreccion de la carne, creemos suficientes los pasajes que hemos consignado para proveer al orador respeto á esta verdad de fé: ahora citaremos algunos ejemplos del antiguo Testamento, para demostrar que aquellos Patriarcas, Profetas y demás varones justos, profesaban esta verdad con la misma persuasion que los católicos. La declaracion que hizo Dios á Moisés: *Ego sum Deus Abraham, et Deus Isaac, et Deus Jacob* (EXOD. III), revelaba claramente esta verdad; significaba que Dios era tan Dios de aquellos siervos suyos que esperaban su redencion en el Limbo, como de los descendientes de los mismos, que eran el objeto de las divinas misericordias en este mundo: por esto Jesucristo contestó á los Saduceos: *non est Deus mortuorum, sed viventium* (MATTH. XXIII.)

Muy significativas son tambien aquellas frases con que el sagrado texto anuncia la muerte de los Patriarcas y hombres justos, y que revelan la creencia del pueblo santo en la verdad de la resurreccion, calificando dicha muerte de sueño ó traslacion: *dormivit cum patribus suis* (III REG. 4, v. 10—11, v. 43—44, v. 51. ET SEQ.) *appositus est* (JACOB) *ad populum suum* (GENES. XLIX, 52): *et appositus est* (AARON) *populis suis* (DEUTER. XXXII, 50): *et benedixit eis* (MATTHIAS), *et appositus est ad patres suos* (I MACHAB. II, 69): *dormiam cum patribus meis* (GENES. XLVII, 50): *dormivit David cum patribus suis* (III REG. II, 40); y en muchos otros lugares.

El Espíritu Santo nos revela claramente esta resurreccion con aquellas palabras que pone en boca de los desesperados impíos en el día del Juicio final: *nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam, et finem illorum sine honore: ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.* (SAP. V.)

Más tarde, vemos esta verdad de la resurreccion de la carne no ménos arraigada en el pueblo de Israel, al disponer Judas Macabeo que se ofreciesen sacrificios en sufragio de los que habian muerto en los combates, diciendo el escritor sagrado: *nisi enim eos, qui ceciderant, resurrecturos speraret, superfluum videretur et vanum orare pro mortuis* (II MACHAB. XII.)

Por esta gran verdad sostuvieron un terrible combate y sufrieron el más cruel martirio el venerable anciano Eleázaro y los siete Hermanos Macabeos, diciendo el primero: *etsi in presentem tempore supplicium hominum eripiar, sed manum Omnipotentis nec vivus, nec defunctus effugiam* (II MACHAB. VI.) y uno de los segundos, dirigiéndose al tirano: *tu quidem scelestissime in presentem vitam nos perdis, sed rex mundi defunctos nos pro suis legibus in aeterna vita resurreccione suscitabit* (IDEM. CAP. VII.)

Finalmente, el apóstol S. Pablo, hablando de todos los justos del antiguo Testamento, concluye con las siguientes palabras: *iuxta fidem defuncti sunt omnes isti, non acceptis repromissionibus, sed á longe eas aspicientes, et salutantes, et conflentes quia peregrini et hospites sunt super terram* (HEBR. XI.)

PASAJES Ó SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Totus hic ordo revolutibilium, testatio est resurrectionis mortuorum, operibus illam prescripsit Deus antequam vocibus. (TERTULL. LIB. DE RESURR. CARN.)

Nemo tam carnaliter vivit, quam qui carnis negat resurrectionem: propria fides christianorum est resurrectio mortuorum. (S. AUG. SERM. IV DE RESURR.)

Todo este orden de cosas tan variables del mundo nos predica la resurreccion de los muertos: es una verdad que Dios reveló ántes con las obras que con su palabra.

Ninguno hay que lleve una vida tan carnal como el que niega la resurreccion de la carne; por cuanto en esta verdad estriba precisamente toda la fe del cristiano.

Resurrexit caput vestrum, hoc sperate membra cetera quod videtis in capite, hoc sperate membra quod creditis in capite. (IDEM, IN PSALM. XXIX.)

Caro nostra post resurrectionem eadem erit per naturam, et diversa per gloriam. (S. GREG. LIB. XIV MORAL.)

In resurrectione universa fidei nostrae spes vita est. (IDEM, HOM. II IN EP. AD COR.)

Resurrectioni non credens, nullius virtutis curam habet. (IDEM, SERM. I RESURR.)

Resurrectio est divina virtutis opus. (IDEM, HOM. IX AD THESSAL.)

Resurrectio mortuorum non sinit nos lugere. (IDEM, HOM. II AD COR.)

Credo carnis resurrectionem et vitam aeternam. (SYMBOL. APOST.)

Especto resurrectionem mortuorum. (SYMBOL. CONSTANTIN.)

Ad cuius adventum omnes homines resurgere debent. (SYMBOL. S. ATHAN.)

Resucitó Cristo que es vuestra cabeza; la misma resurreccion debeis esperar todos los que sois sus miembros: creyéndola en él, la debeis creer tambien en vosotros.

Despues de la resurreccion, nuestra carne será de la misma naturaleza, pero de diferente gloria.

Todo el apoyo de nuestra fe descansa en la verdad de la resurreccion.

El que no cree en la resurreccion de los muertos, tampoco piensa en adquirir ninguna virtud.

La resurreccion de los muertos es obra del poder divino.

La resurreccion de los muertos debe moderar nuestro llanto y tristeza.

Creo en la resurreccion de la carne, y en la vida perdurable.

Espero la resurreccion de los muertos.

A su venida (de Jesucristo) todos los hombres han de resucitar.

RESURRECCION ESPIRITUAL.

Surrexit Dominus veré.
El Señor resucitó verdaderamente.

(LUC. XXIV, 34.)

Oíd, hermanos míos, la gran nueva que os anuncio con los discípulos del Señor: Jesucristo ha resucitado verdaderamente. Las profecías, las figuras, las palabras de este Dios encarnado, que para prueba de su poder y de su divinidad, había dado la señal de Jonas y se había obligado a reedificar el templo de su cuerpo en tres días después de su destrucción; acaban de cumplirse por nuestra dicha en aquel famoso combate, en que la vida y la muerte disputaron la victoria, suceso de que dependía, según el Apóstol (I. Cor. c. xv, 14), la predicación del Evangelio y el establecimiento de la Fé. El Señor de la vida, que la había perdido voluntariamente, ha triunfado de la muerte. La gloria que al parecer acompaña á los hombres grandes durante su vida, los desampara en el sepulcro, pues no desciende con ellos á esta triste morada de humillación y de flaqueza; pero no sucede así con el Hijo de Dios: aquella gloria que parecía haberle abandonado en los misterios de su vida temporal, le acompañó en el de su muerte y bajó con él al sepulcro, de donde acaba de salir glorioso é inmortal. Jesucristo, vuelvo á decir, hermanos míos, ha resucitado verdaderamente. ¡Qué motivo de gozo y de consuelo para nosotros, pues esta resurrección es el fundamento de nuestra esperanza y de la mía! *Surrexit Christus spes mea*. Pero ¿qué parte deberemos tomar en este misterio? Ved aquí cuáles son las intenciones de la Iglesia: ella desea veros resucitar á la gracia, como Jesucristo resucitó á la gloria. Para este efecto notad, que así como Jesucristo no resucitó á la gloria, sino después de haber muerto á la vida natural, de la misma manera nosotros no podemos resucitar á la gracia sin morir al pecado. Pero preguntó, ¿se resucita así en este tiempo? Esto es lo que es necesario examinar. Primero, cuál es la resurrección de los peca-

dores en el tiempo de Pascua; y segundo, que se debe hacer para resucitar bien. A. M.

1. Para explicaros como se resucita en el tiempo de Pascua, debemos distinguir tres especies de resurrección, de las cuales se hallan ejemplos claros y notables en la Escritura: la una aparente, como la de Samuel; otra verdadera, aunque de poca duración, como la de Lázaro; la última verdadera y al mismo tiempo permanente, como la de Jesucristo. Pues yo digo, que de estos tres modos resucitan los cristianos en este tiempo en que estamos. Unos resucitan en la apariencia, como Samuel; otros para morir segunda vez, como Lázaro; y algunos para siempre, como Jesucristo resucitó para no volver á morir. Expliquemos estas tres especies de resurrección, para que podamos conocer como hemos resucitado nosotros.

Léase en el primer libro de los Reyes, que Saúl, aquel príncipe perverso que fué desechado de Dios por no haber obedecido á la orden que se le había dado de destruir á los amalecitas, viéndose estrechado por los filisteos y abandonado del espíritu de Dios, como un furioso y desesperado, pensó hallar en el arte de los demonios y del infierno lo que no podía alcanzar del cielo. Aunque él mismo había expedido unos decretos terribles contra los adivinos, no por eso dejó de consultarlos: con este fin se disfrazó y entró en la casa de una mujer que tenía el espíritu de Piton, es decir, que usaba de estas perversas y abominables ciencias, y le pidió que le resucitase á Samuel: *Samuelem mihi suscita*. No me detendré á examinar si esta resurrección de Samuel fué ó no real y verdadera; contentaréme con decir, que Dios permitió se apareciese á Saúl la sombra de este profeta bajo la figura de un venerable anciano, cubierto con un manto ó capa, y de esta sombra salió aquella voz espantosa: Mal príncipe, ¿por qué turbas mi reposo haciéndome resucitar? *Quare inquietasti me, ut suscitarem?* Sábelo que Dios te tratará como mereces: tu reino pasará á David, objeto de tu envidia, á quien no puedes ver. ¡Cuántos cristianos hay cuya resurrección es semejante á esta de que habla la Escritura! La Iglesia les advierte desde el principio de cuaresma, cuando les pone la ceniza sobre la cabeza, que deben convertirse y hacer penitencia, y se les predica esta misma verdad en todo aquel tiempo: es necesario obedecer y resucitar.

Pero esta resurrección es aparente. Confiésanse, porque es preciso hacerlo; pero ¿es la verdadera penitencia la que los conduce al tribunal de la penitencia? No, sino la inquietud en que se hallan por descargarse de una obligación que les incomoda y embaraza. Confesiones y

comuniones de ceremonia, resurrecciones en la apariencia, sombras é imágenes de conversión: *Quare inquietasti me, ut suscitarer?* Y lo que aún es más, y casi no me atrevo á decirlo, no son más que unas resurrecciones diabólicas que el demonio aconseja, y Dios aborrece y detesta. ¡Cuántas confesiones nulas y comuniones sacrilegas! ¡cuántas absoluciones subrepticias y precipitadas! ¡cuántos pecadores que ocultan sus desórdenes en vez de manifestarlos, y que sin salir de su mal estado, pretenden resucitar por arte del demonio, del cual son esclavos! *Quare inquietasti me, ut suscitarer?*

La segunda especie de resurreccion es aquella que es real y verdadera, pero de poca duracion: tal fué la de Lázaro. Lázaro es figura de los pecadores: no quiero decir en esto que fuese un pecador, pues fué un gran santo, hermano de Marta y María, y amigo del mismo Jesucristo: *Lazarus amicus noster* (JOANN. c. xi, 11). No obstante, los santos Padres le han mirado como una figura de los pecadores, y su resurreccion es una imagen de su conversión. Muerto pues Lázaro en Betania, se fué Cristo á aquel lugar, y se encaminó al sitio de su sepulcro. Ya hacia cuatro dias que le habian enterrado: *Jam foetet, quatruiduanus est enim* (IBID. XXXIX), dijeron sus hermanas al Señor; lo cual denota el estado del pecador sepultado mucho há en el sepulcro de sus malos hábitos. Jesucristo se estremeció á la vista de aquel espectáculo, y habiendo hecho quitar la losa del sepulcro, dijo en alta voz: Lázaro, sal afuera; y al punto salió ligado de piés y manos, y cubierta la cara con un lienzo. Jesucristo mandó que le desatasen y le dejasen ir. Esta es la historia de la resurreccion de Lázaro, la cual fué muy verdadera, puesto que los judios que la presenciaron, creyeron en Jesucristo; pero por real y verdadera que fuese, no duró para siempre. Lázaro resucitó para morir segunda vez; y de este modo resucitan muchos pecadores. Por tiempo de Pascua hacen algunos esfuerzos para recibir bien los sacramentos: quítase la piedra del sepulcro; déjase por algun tiempo la ocasion de pecar, deséñtrese la infeccion del mal hábito; finalmente, despues de muchas lágrimas y gemidos, resucita el muerto; pero esta resurreccion no dura mucho tiempo; solo resucita el pecador para morir otra vez. ¿No es esto lo que vemos todos los años despues de Pascua? Apénas empiezan algunos á practicar los ejercicios de piedad, cuando vuelven á entregarse á los primeros desórdenes. ¿De dónde viene esto sino de haber resucitado muy imperfectamente? ¿Cuántas de estas semiconversiones no vemos, que solo se hacen para volver á morir luego, recayendo en el estado infeliz del pecado, que es la muerte de nuestras almas?

La tercera resurreccion que me resta proponeros es la de Jesucristo, que es real, verdadera, cierta, constante, inmortal y gloriosa. Estas mismas cualidades debe tener nuestra resurreccion espiritual. El Salvador, real y verdaderamente victorioso de la muerte, sale sin dificultad del sepulcro: *Factus sum inter mortuos liber* (PSAL. LXXXVII, 6). Toma su verdadero cuerpo sin ficcion ni disfraz ni artificio alguno. Ved ahí, cristianos, la resurreccion que debe ser el modelo de la nuestra. Es necesario que dejemos sinceramente el pecado, si queremos emprender una nueva vida y resucitar verdaderamente. *Ut quomodo Christus surrexit á mortuis, ita et nos in novitate vite ambulemus*, nos dice el Apóstol (ROM. c. vi, 4). La resurreccion de Jesucristo no solo fué verdadera; fué asimismo visible, conocida y tan cierta, que sus mismos enemigos fueron informados de ella por los guardias que habian puesto al sepulcro. Pilatos escribió la verdad del hecho al emperador Tiberio, como advierte Tertuliano (APOLOG. ADV. GENT. c. XXI). Los apóstoles y los discípulos, que fueron testigos oculares, la han anunciado á toda la tierra. En una palabra, es tan cierta esta resurreccion, que no se puede dudar de ella: *Surrexit Christus, absoluta res est*, dice San Agustin (SERM. CXLVII. DE TEMP). Del mismo modo nuestra resurreccion espiritual debe ser cierta, visible y conocida, para que los que se han escandalizado con nuestros pecados, se edifiquen viendo nuestra conversión y nuestra mudanza de vida. La resurreccion del Salvador es constante y para siempre: venció, resucitándose á sí mismo, las fuerzas de la muerte; y esta no tendrá jamás imperio sobre él: *Christus resurgens ex mortuis, jam non moritur: mors illi ultra non dominabitur* (ROM. c. vi, 9). Pecaadores, es necesario que en sentido espiritual se pueda decir lo mismo de vosotros. Si habeis resucitado verdaderamente, vuestra resurreccion debe ser para siempre, no volviendo más á vuestras embriagueces, vuestras impurezas, etc. Debeis no dejaros arrastrar de las sollicitaciones del mundo ni de los atractivos del pecado. Vuestra conversión debe ser sólida, durable y permanente. En fin, la resurreccion de Jesucristo fué gloriosa é inmortal, como él mismo lo dijo al apóstol S. Juan: *Ego sum vivus, et fui mortuus, et ecce sum vivens in sæcula sæculorum; et habeo claves mortis et inferni* (APOC. c. i, 18); me he visto morir, pero ahora vivo para no morir jamás y para reinar eternamente, y al presente soy el Señor de la vida y de la muerte. Cuando salió del sepulcro, iba con todas las insignias de un conquistador á tomar posesion de su reino y de la gloria que le era debida. En los cuarenta dias que se mantuvo en compañía de sus discípulos, solo les habló de

la gloria eterna, teniendo siempre su corazón en las cosas del cielo: *Loquens de regno Dei* (Actos, c. 1, §). Esto mismo debe hacer un alma que ha resucitado verdaderamente. Esta alma, revestida de la hermosura de la gracia, solo debe pensar en la inmortalidad, que el Salvador le ha merecido. Su corazón debe estar en donde está su tesoro y su recompensa: no ha de tener afición sinó á las cosas del cielo, como dice S. Pablo (Colos. c. 3, m, 4); todo lo demás debe serle insípido, enfadoso y desabrido: *Si consurrexistis cum Christo, qua sursum sunt sapite, non que super terram*. Tal es la disposición de un alma que se ha propuesto en este tiempo la resurrección de Jesucristo por modelo de la suya. ¡Ay, hermanos míos! son muy pocos los que resucitan de este modo; mas porque acaso habrá alguno entre vosotros que no ha celebrado aún su Pascua, hagámosle ver los medios que debe tomar para resucitar verdaderamente.

2. El pecador que quiere resucitar verdaderamente por Pascua, debe lo primero, á ejemplo de Jesucristo, dejar en el sepulcro los despojos de la muerte; quiero decir, todo lo que puede hacerle recaer en el pecado: lo segundo, debe hablar, como hizo el hijo de la viuda de Naim; esto es, debe confesarse, como Dios manda: y lo tercero, debe comer como la hija del príncipe de la Sinagoga, es decir, comulgar con la debida disposición. Hé ahí tres medios que voy á exponeros para que resuciteis perfectamente.

Cuando Lázaro sale del sepulcro, sale envuelto en su mortaja, triste imagen de muchos que en su pretendida resurrección conservan lo que debían dejar, y que en lo sucesivo les es ocasión de una segunda muerte. No así Jesucristo, modelo de nuestra resurrección espiritual; sus pies y sus manos no están ligados como los pies y manos de Lázaro; si permite que le sujete la muerte, se deshace de ella, dejándola como Josef su manto; es decir, con los santos Padres, el sudario y los lienzos con que estuvo envuelto. Ved ahí, cristianos, la imagen de una verdadera resurrección. Salid, pecadores, salid del sepulcro de vuestros crímenes; no prosigais más tiempo siendo esclavos de vuestras pasiones; dejad en la sepultura todos los despojos de la muerte. ¡Avaros! no permitais que vuestras manos estén ligadas con vuestras injusticias; ¡impúdicos! no conserveis los pies atados por un criminal apego á las criaturas, etc. Romped todos esos lazos de la muerte; dejad al mundo corrompido todo lo que os ha hecho morir en este mundo: vuestra alma, victoriosa de los placeres prohibidos, no debe desde hoy más llevar consigo ninguno de aquellos fatales despojos que le impiden seguir á Jesucristo resucitado, para que se pueda decir de vosotros lo que el ángel del Señor dijo á las tres

Marias: *Surrexit, non est hic*. Ese hombre, que en otro tiempo fué tan desarreglado, ya no está en el sepulcro, ha resucitado; es un hombre contrito y penitente. Ved ahí el sepulcro en que le habían precipitado sus malos hábitos; pero gracias á la virtud de los sacramentos que ha recibido dignamente, ya no está ahí: *Surrexit, non est hic*.

El segundo medio para resucitar bien es hablar. Cuando Jesucristo resucitó al hijo de la viuda de Naim, que llevaban á enterrar, hizo parar á los que le conducían, y acercándose al féretro, dijo al difunto: mozo, levántate, que yo te lo mando. El difunto se levantó al punto, y empezó á hablar, y Jesucristo se lo entregó á su madre. Pecadores, ¿qué pensais se os quiere decir en esto? Se os dice, que si quereis resucitar á la vida de la gracia, es necesario que habeis: *Et coepit loqui*. ¿Y á quién hemos de hablar? A los ministros de la Iglesia, á lo cuales debéis descubrir el fondo de vuestra conciencia sin ocultarles cosa alguna. Es necesario les habeis clara y distintamente, no disimulando vuestras faltas por unas confesiones hipócritas, que solo pueden servir para vuestra condenación: es necesario hablar y descubrir aquellos pecados vergonzosos, que acaso jamás os habeis atrevido á confesar; es necesario hablar, y hablar con humildad; decir vuestros pecados, y no vuestras buenas obras. Es necesario hablar, no de cosas inútiles, como lo haceis ordinariamente, sinó del negocio de vuestra conciencia: es necesario hablar, no á medias, sinó enteramente sobre ciertas materias, de que no está bien informado vuestro confesor: es necesario hablar, no segun vuestro antojo, sinó sinceramente y segun la verdad. Pero ¿se habla de este modo en el tribunal de la penitencia? No, hermanos míos; se querría, por el contrario, tropezar con un confesor que fuese ciego, sordo y mudo; ciego para que no viese; sordo para que no oyese, y mudo para que no dijese una palabra. Pues ¿cuál es el modo de confesarse? Si se ha cometido algun pecado vergonzoso, el empacho cierra la boca; si se ha cometido alguna injusticia, el temor de la restitucion impide hablar; si se tiene costumbre de pecar, se muda de confesor para no parecer pecador inveterado; si se halla en alguna ocasion próxima, se busca confesor desconocido que nada sepa de su modo de vida; si se ignoran las obligaciones de la Religion ó del estado, se recurre á excusas ó á explicarse confusamente. De este modo, confesándose se trabaja por no darse á conocer; se calla en lugar de hablar. Pues en medio de esto sabed, pecadores, que es necesario habeis, si quereis resucitar: *Et coepit loqui*. Hablad pues, y hablad como Dios manda.

Es necesario comer. Cuando Jesucristo resucitó á la hija del príncipe de la Sinagoga, llamado Jairo, mandó le dieran de comer, para probar con esto la verdad de su resurrección: *Et jussit illi dari manducare* (Luc. c. vii, 33). El mismo Jesucristo hizo lo propio después de su resurrección, para que sus discípulos se acabasen de convencer de que había tomado, no un cuerpo fantástico, sino su propio cuerpo, el mismo que había sido enclavado en la cruz: después de haberles mostrado sus llagas, les preguntó si tenían algo que comer. Los discípulos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel: *Obtulerunt ei partem piscis assi, et favum mellis* (Luc. c. xxiv, 42). Habiendo comido en presencia de ellos, les volvió los residuos, para que no les quedase duda de que había comido: *Et cum manducasset coram eis, dedit eis reliquias* (Ibid. XLII). También debéis comer vosotros, para hacer conocer que habéis resucitado; quiero decir, debéis comulgar y comulgar bien, como lo manda la Iglesia.

Comulgemos, pues, con el mismo fervor de los discípulos que iban al castillo de Emaús, y después de haber comulgado, digámosle como ellos á Jesucristo: *Mane nobiscum, quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies*. ¡Ah, Señor! no hasta que os háyamos recibido por medio de la santa comunión; dignaos de quedaros con nosotros: *mane nobiscum*: os suplicamos encarecidamente que no nos dejéis; ya se va haciendo tarde, el tiempo se pasa, nuestra vida se acaba, y estamos ya tocando el término de nuestros días: *Quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies*. ¡Oh Jesús! acompañadnos en nuestra peregrinación: *mane nobiscum, Domine*. Acompañadnos en el tiempo de nuestra vida; acompañadnos en la hora de la muerte, para que merezcamos ir á acompañaros y estar con vos por toda la eternidad. Así os lo deseo, etc.

DIVISIONES.

RESURRECCION ESPIRITUAL.—Si deseamos que la resurrección de nuestros cuerpos sea una resurrección dichosa, es menester que sea precedida de la resurrección de nuestras almas.

Si queremos que la resurrección de nuestras almas sea una verdadera resurrección, es menester que sea una imágen de la resurrección de Jesucristo.

RESURRECCION ESPIRITUAL.—Es necesario que sea victoriosa.

Es necesario que sea ejemplar.

Es necesario que sea constante.

RESURRECCION ESPIRITUAL.—Cuando la Iglesia pide la resurrección espiritual de un cristiano, la pide con lágrimas.

Quando Jesucristo resucita un cristiano á la gracia, otorga un consuelo extraordinario á la Iglesia.

RETIRO ESPIRITUAL; véase: **EJERCICIOS ESPIRITUALES.**

REVELACION.

Multifariam multisque modis olim Deus loquens patribus in Prophetis, novissime diebus istis locutus est nobis in Filio.

Dios, que en otro tiempo habló á nuestros padres en diferentes ocasiones, y de muchas maneras por los Profetas, nos ha hablado últimamente en nuestros días, por medio de su Hijo Jesucristo.

(HEBR. I, 1.)

Amados hermanos míos: con estos términos tan sencillos traía S. Pablo á la memoria de los judíos el grande acontecimiento de la revelación que Jesucristo acababa de manifestar con tanto brillo entre ellos, y cuya verdad atestigua el universo cristiano desde há más de diez y ocho siglos. Y no porque no haya una religion natural comun á Platon y á S. Agustin. á Sócrates y á Sto. Tomás; sino que además de eso, la revelacion sobrenatural se ha hecho sentir y dado á conocer en todos tiempos, en todos los pueblos, al primer hombre, que llegó á la vida con conocimientos formados en su espíritu, con sentimientos religiosos en el corazon, con una lengua formada para expresar sus ideas; se ha hecho sentir, decimos, y dado á conocer á sus descendientes, que conservaron todos, con más ó ménos pureza, las nociones primitivas fundadas en la naturaleza de las cosas.